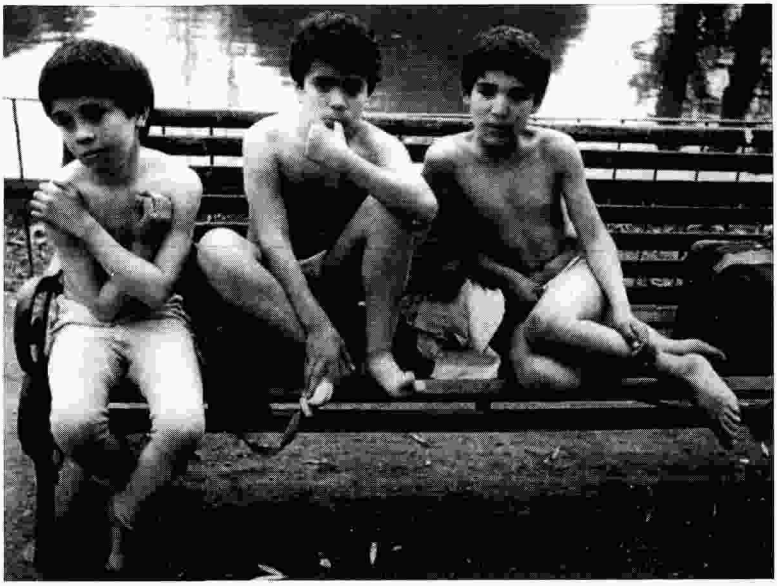
HOMBRES E IDENTIDADES DE GÉNERO

Investigaciones desde América Latina



HOMBRES E IDENTIDADES DE GÉNERO

Investigaciones desde América Latina

MARA VIVEROS
JOSÉ OLAVARRÍA
NORMA FULLER

INTRODUCCIÓN DE MATTHEW GUTMANN

CES • UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

© de los artículos:
Los respectivos autores
© de esta edición:
Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales

Este libro se hizo gracias al apoyo
de la Fundación Ford

Primera edición:
julio de 2001
ISBN 958 1216 12–6
Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso del editor

Diseño de portada:
Hugo Ávila y John Naranjo
Fotografía de la portada:
Alberto Sierra
Fotografías interiores:
Alberto Sierra: 7, 35, 145
John Naranjo: 259
Flacso-Chile: 5, 15, 153, 265, 365
Jorge Zetner: 371
Edición, diseño y armada electrónica:
Ávila, Naranjo & Jursich
Impresión y encuadernación:
Litocamargo Ltda.
Impreso y hecho en Colombia

PREFACIO

Sobre las identidades masculinas

BONNIE SHEPARD

Estar vinculada con los investigadores sociales que produjeron este volumen de estudios sobre masculinidades ha sido un honor, y también un placer. El libro surgió a partir de una feliz coincidencia de procesos individuales, institucionales y sociales. Tanto para mí como para los investigadores que colaboraron, tales procesos se iniciaron hace muchos años. Todos tenemos nuestras raíces en el movimiento feminista, en movimientos progresistas y/o en el campo de los estudios de la mujer, que en América Latina evolucionaron, a lo largo de la década de los noventa, hasta convertirse en el campo de los estudios de género.

Tras muchos años de tomar parte en programas orientados exclusivamente hacia la salud y la emancipación de la mujer, me convencí de que este tipo de programas necesitan involucrar tanto a hombres como a mujeres en el esfuerzo de cambiar los sistemas de inequidad de género, y de que los esfuerzos para prevenir la violencia contra la mujer o el VIH/sida estaban lamentablemente incompletos si no involucraban también a hombres. En consecuencia, mientras trabajé como Encargada del Programa de Salud Sexual y Reproductiva de la Fundación Ford en Santiago de Chile entre 1992 y 1998, le di prioridad al apoyo a la investigación social y/o a la intervención en programas que involucraran a los hombres y a la masculinidad.

En 1992, cuando llegué a Chile por primera vez, los programas académicos de estudios de la mujer estaban en un momento de transición en los países en los que yo trabajaba (Argentina, Chile, Perú y Colombia). Algunos de éstos se estaban yendo a pique por falta de apoyo, ya que muchos de los patrocinadores extranjeros estaban retirándose de América Latina en ese momento. Apenas unas pocas voces aisladas en esas comunidades cuestionaban la orientación exclusiva hacia la mujer, y por esa razón, algunos programas pasaron a llamarse Estudios de Género. Ningún programa de salud sexual o reproductiva involucraba hombres, sino a

título simbólico, excepto los programas escolares de educación sexual y los de prevención del sida dirigidos a hombres gay. Ni las organizaciones feministas ni los servicios de salud estaban interesados en trabajar con hombres. Al hacer un sondeo para entender esta falta de interés, me encontré con una actitud generalizada de ira dirigida a los hombres, en especial en las instituciones que trabajaban con víctimas de la violencia doméstica. También encontré un sentimiento que podría describirse como desesperanza. El raciocinio era el siguiente: las mujeres están interesadas en lograr mayor poder, pero ¿por qué iban a querer los hombres ceder poder y privilegios? De hecho, todas las personas con quienes hablé se habían dado por vencidas con los hombres. No tenía sentido pensar que éstos podían llegar a cambiar, y menos aún a encabezar cualquier esfuerzo encaminado a promover la equidad de género. Al pedirles que fueran más explícitas, estas personas dijeron que la única esperanza residía en la generación venidera.

Fue en los programas de estudios de género de universidades e instituciones educativas, en Colombia, Perú y Chile, que encontré un puñado de investigadores sociales feministas interesados en estudiar la masculinidad. Los animé a coordinar sus estudios y trabajar en grupo. Afortunadamente, todos se conocían entre sí y acogieron la idea de buen grado, de tal manera que la Fundación Ford pudo darles apoyo económico para sus investigaciones individuales y para la colaboración y enriquecimiento mutuo como grupo de investigación. Desde entonces, Norma Fuller, antropóloga de la Pontificia Universidad Católica del Perú, José Olavarría y Teresa Valdés, sociólogos de Flacso, y Mara Viveros, antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, han sido parte del núcleo de la red de investigación en masculinidades "Les Héchiceres". Como "hada madrina" de la red de *héchiceres*, me alegro de ver el resultado de años de esfuerzos, durante los cuales tuve un papel secundario, pero catalizador.

Nuestro primer encuentro como grupo fue en un seminario sobre investigación en sexualidad, patrocinado por la UNFPA, Flacso y la Fundación Ford en Santiago de Chile en 1995[1]. Este grupo, que trabajaba sobre "género, sexualidad, cultura y masculinidad", se reunió de forma intensiva durante dos días, y mientras examinábamos nuestro informe final sobre prioridades y vacíos de investigación, comentamos que "estaba todo por hacer". Todos los temas que se nos vinieron a la mente caían en la categoría de vacíos. A partir de este estado de necesidades que lo abarcaba todo, el grupo se puso de acuerdo en detalle en los puntos en común en cuanto al enfoque y la estructura de la investigación, con la flexibilidad suficiente como para acomodar los intereses específicos de cada miembro. A lo largo de los tres años siguientes, hubo varios encuentros del grupo, que dieron lugar no sólo a intercambios serios, sino también a la risa y al surgimiento de un vínculo entre los miembros. El valor de tal intercambio es evidente en la calidad de los estudios, que proporcionan una mirada profunda a la experiencia de ser hombre, y convertirse en hombre, para dos generaciones de ellos en los tres países, y en diversas zonas culturales en dos de los tres países.

¿De qué forma estos estudios proporcionan una respuesta para quienes han perdido la esperanza de trabajar con hombres en busca de la equidad de género? Primero, la desesperanza surge de las bases mismas de los estereotipos masculinos. Una transición conceptual importante tuvo lugar a medio camino en Les Héchiceres, cuando dejaron de hablar de "identidad masculina" y empezaron

1. Seminario Taller Sudamericano de Investigación Sociocultural en Sexualidad: Prioridades y Desafíos. Memorias publicadas por el Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA, Oficina para América Latina y el Caribe, 1995. En las etapas tempranas del grupo, también participaron y trabajaron en él William Cañón de la Universidad Externado de Colombia, y Ernesto Vásquez, en ese entonces de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

a hablar de "masculinidades". Este término reconoce la diversidad de las experiencias e identidades de los hombres, y los riesgos de la perspectiva esencialista que amalgama a todos los hombres en una sola identidad. En estos estudios cualitativos, los hombres hablan por sí mismos, contrarrestando los estereotipos simplistas que, por un lado, glorifican a los hombres y, por otro, los satanizan. La imagen que surge de estas páginas es la de hombres muy disímiles con retos comunes, luchando por encajar en las definiciones de "buen hombre" y "hombre de verdad" que la sociedad ha acuñado. Por lo general, estos hombres no cuestionan las normas que la socialización les ha enseñado a defender, ni siquiera cuando éstas oprimen a las mujeres o cuando son inalcanzables o dolorosas para los mismos hombres.

Dentro de esta diversidad, los hilos comunes son las definiciones sociales de masculinidad. El rayo de esperanza del cambio social nace de las estrategias para cambiar los aspectos negativos de las definiciones sociales de un "hombre de verdad", y de retener los aspectos positivos de las normas masculinas, aprovechándolos para lograr el cambio social. En los tres estudios, las normas masculinas esenciales son la responsabilidad, la fuerza y la actitud protectora. Los estudios están plagados de ejemplos de hombres que tratan de hacer todo lo que pueden para hacer lo que toca, ser responsables, fuertes, protectores, valientes. Estas cualidades son positivas, cuando no se aúnan a la exigencia de dominar y ser la figura de autoridad. El contenido de estos valores positivos centrales puede reencauzarse de manera que ya no se use para la dominación, sino más bien para servir de apoyo a familias y comunidades. Estas cualidades deben dejar de contraponer al "hombre de verdad" con la "mujer de verdad" o el homosexual, considerados más débiles, indefensos, asustadizos e inferiores. El objetivo de los esfuerzos para lograr el cambio social debería dirigirse a conservar la fuerza como un valor masculino positivo y, de hecho, ayudarles a los

hombres a ser más fuertes, de manera que no se sientan amenazados ante mujeres fuertes o ante homosexuales. La clave para ayudarles a los hombres a conseguir fortaleza interior es cambiar el entorno sociocultural que los rodea, para que las definiciones sociales de masculinidad se hagan más flexibles, y que no se requieran pruebas constantes de la identidad masculina.

La identificación de mecanismos en un sistema en el cual las definiciones opresivas de la masculinidad se ponen en práctica es una herramienta mucho más útil para el cambio social que culpar a individuos aislados. Parte del entorno sociocultural de los hombres se apoya en sistemas de creencia. Estas creencias se llevan a la práctica a través de mecanismos sociales que encauzan a los hombres hacia comportamientos perjudiciales. Por ejemplo, el papel del grupo de pares emerge de manera clara en estas páginas. Los pares masculinos se sirven del ridículo y la violencia para llevar a la práctica las normas sociales y sexuales de masculinidad. Estos estudios muestras diversas normas de comportamiento sexual, y muchas reacciones diferentes ante tales normas, pero un hilo común a todos los entornos y grupos de edad representados en este volumen es el uso de la homofobia y la misoginia como el mecanismo *par excellence* para mantener a los hombres en su lugar. Infortunadamente, ese "lugar" masculino es una posición de dominación que denigra de todas las cualidades que se asocian con las mujeres y los homosexuales. Los grupos de pares masculinos se sirven de los insultos y el ridículo para sancionar a los culpables de cruzar la línea, al igualarlos en forma indistinta con mujeres o con hombres gay. Tanto las mujeres como los gay son blanco de la violencia de los hombres que por una razón u otra necesitan probar su hombría. Un esfuerzo social concertado para cambiar la cultura de los grupos de pares masculinos, que comience a ejercerse en la infancia, podría remediar muchos males de la sociedad de un solo golpe.

Considero que estos estudios son vehículos importantes del cambio social para los individuos e instituciones implicados en ellos, además del gran valor que tienen por el hecho de proporcionar un panorama contemporáneo de las identidades masculinas en estos países. También actúan como catalizadores del interés sobre el tema para jóvenes y otros investigadores sociales. En la mayor parte de los programas de estudios de género en América Latina se ha percibido que el uso del término "género" en lugar de "mujer" los hacía más accesibles para hombres jóvenes. Luego de que se iniciara la investigación sobre hombres y masculinidades, se fueron involucrando asistentes de investigación varones, y esto sirvió para encender su interés en el campo y dio pie a que cuestionaran las normas de género. A lo largo del desarrollo de estos estudios, en la Universidad Nacional de Colombia y en la Flacso en Chile, grupos constituidos principalmente por investigadores varones han formado redes nacionales con el fin de intercambiar hallazgos y reflexiones que surgen de sus trabajos. El cuestionamiento y la investigación que se dan hoy en día en los programas de estudios de género en América Latina tendrán una influencia positiva sobre la nueva generación de profesionales que llegará a trabajar en las ONG, en las universidades y en los gobiernos.

Con todo mi afecto y mi respeto hacia los autores, los felicito por esta serie de estudios, fruto de años de trabajo, de análisis riguroso y detallado, de compromiso total con la equidad de género y de empatía con sus sujetos, los hombres que hablan a través de estas páginas.

Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos
Noviembre de 2000